

de primer orden, una serie de notas e imágenes de indiscutible valía, de uno de los acontecimientos más interesantes de la literatura moderna. Es un documento que el tiempo irá valorizando cada vez más.—L. D. D.



CHACO. Novela de *Luis Toro Ramallo*.—Editorial Nascimento. 1936.

He aquí un libro hecho con recios jirones de vida y de dolor humano. Este libro no tiene trama novelesca y tampoco la necesita. Los acontecimientos y los motivos que se mueven dentro del relato tienen tal poder de atracción, tan vigoroso relieve, que el autor no necesitó buscar argumentos sino que recorrer con la imaginación el terrible escenario en donde la vida de miles de hombres era peor que la muerte. Por las páginas estremecidas y palpitantes cruza una ventisca de horror y desesperación, que como un torbellino de locura aulla por todos lados.

En una tierra hostil, terca y cruel como una pesadilla que no termina nunca, se hace la guerra. El sol, el bello sol fecundante y generoso, es aquí un enemigo que no da tregua. Es un océano inmenso, infinito, empavorecedor, aquella tierra en donde las semillas no fecundan para transformarse en flores y frutos deliciosos. La savia es un veneno maldito que desde que rompe la costra huraña del suelo se transforma en un quisco avieso que en vez de proteger al hombre es un enemigo más que aumenta su tormento. Fieras, reptiles y toda clase de alimañas, pueblan el monte erizado de acechanzas. La muerte allí ya no es un acontecimiento trascendental e imponente en su misterio inextricable, sino que es el hecho cotidiano, vulgar y mísero en su tremendo desamparo.

Luis Toro Ramallo, joven escritor boliviano, nos describe este ambiente dantesco, en páginas vibrantes de colorido, de fuer-

za expresiva, y a ratos también de cruda rudeza. Para dar la sensación de esa vida le es necesario en muchas ocasiones valerse del vocabulario de los hombres que aullan de dolor, o enloquecen de sed. Y sin embargo, por ese milagro que solo consigue el talento, de la mejor ley en este caso, hay en este libro recio toques de la más delicada emoción. El amor, la ternura familiar, los recuerdos del hogar o del pueblo donde se viviera sin pensar jamás en esta cruel jornada, florecen a ratos y ponen una suave y hermosa bruma de recuerdos lejanos, que nadie de los que están allí sabe si alguna vez ha de volver a disfrutar.

Y es que aquí, no se puede el hombre entregar al ensueño ni a las divagaciones poéticas. Aquí truena el cañón, y tabletean diariamente las ametralladoras. Se dispara contra un enemigo invisible que devuelve el plomo mortífero con la misma inagotable insistencia que los soldados del frente boliviano. Los hombres reniegan de todo. No puede haber una sola conversación que no esté salpicada de imprecaciones, de denuestos y de dichos exasperados. Y como si quisieran hacer estallar esta insufrible tensión del espíritu agobiado, algunos días se disponen cargas a la bayoneta, mientras la tormenta de plomo ruge sacudiendo todos los ámbitos. Es sólo entonces cuando los enemigos colectivos, porque nadie siente un odio individual, se ven, o quizá ni siquiera se dan cuenta de lo que son, al acometerse en un estrellón feroz, empujados por un ansia de exterminio, en un esfuerzo supremo por conseguir que aquella insoportable crueldad concluya alguna vez. Toro Ramallo en páginas de un realismo sobrecogedor nos pinta el ambiente. Lo hace como si aun sintiera la dolorosa embriaguez de aquellos días:

«¡El Chaco!... Sol tropical, inclemente, africano. Ríos dormidos, espesos de lodo, selva impenetrable, agresiva feroz.

«Ocultos en la espesura ribereña de los escasos ríos, el jaguar sanguinario y la serpiente mortífera, la policromía bulluciosa de los loros, el plumaje espléndido de los pájaros raros y la albura de las garzas reales, inmóviles sobre los troncos secos.

«Después, en la inmensa mayoría del plano triángulo, trágico, el ondular de la llanura cubierta de pajonales ceñidos por la selva chata, espinosa, monótona sin galas y sin pájaros. Sequedades de páramo bíblico, arenales como osarios candentes, y a veces muy de lejos en lejos, a decenas, a centenas de kilómetros, un pozo, pantano negro de aguas espesas, pútridas, llenas de insectos y de miasmas.

Aquí el escenario está descrito con vigorosas pinceladas por el novelista, actor y espectador de esta inmensa tragedia. Es allí donde se sufre y se pelea a diario. Allí donde los hombres que no conocen las rutas apenas insinuadas del llano chaqueño se extravían y a veces, enredados en el laberinto de las «picadas», van a dar a manos del enemigo, que también exasperado, les saluda con las ametralladoras dejando un montón de carne palpitante que luego será pasto de las fieras, o se secará al sol. Sin embargo, el heroísmo a pesar de todo florece en el alma ruda y extenuada de los combatientes. Tanto en el jefe como en el soldado raso, el cumplimiento del deber es una consigna a la cual por ningún motivo se puede faltar. El breve episodio que sigue lo refleja:

«Un soldado había recibido la misión de llevar agua, munición y alimentos, a una trinchera aislada por el fuego del enemigo. Hizo tres viajes y se presentó a su comandante cuadrándose con dificultad:

«Cumplida su orden mi comandante. He llevado los tiros, la comida y el agua... Pido permiso para retirarme a la enfermería...

«En cada viaje, había recibido heridas y estaba acribillado. El comandante alcanzó a tomarle en brazos cuando se desmoronaba y orgulloso, como un trofeo, se lo llevó al puesto de socorro».

De pronto un suave y grato remanso de ilusión, viene a reconfortar el espíritu lacerado, de los hombres convertidos en implacables máquinas de matar:

«... ¡Cartas! He recibido cartas de mi madre y de mi novia. ¡Qué raras suenan aquí las palabras de ternura, las palabras de bondad!

«Rezamos siempre por ti, porque concluya la guerra y porque todos ustedes vuelvan victoriosos.

«¡Pobre madre! Siempre igual. Más viejecita debe estar, con sus arrugas como surcos de llanto. ¡Qué vuelvan todos! Si ella pudiera ver más allá de las alambradas a los que se van deshaciendo lentamente, unos con los brazos abiertos, como mirando al cielo y otros tendidos de costado, suavemente, como si durmieran... Y ella a pesar de su bondad, a pesar de ese «todos» solo debe pensar en su *guagua* en esa que arrulló tanto entre sus brazos tibios, en su *guagua* que fué el regalo mejor que le hizo la vida y que ahora...».

La guerra y el Chaco ardiente y feroz son los personajes de esta novela apasionante. Luis Toro Ramallo con este libro se coloca entre los grandes escritores de América, pues ha sabido construirlo con un sentimiento artístico de primer orden.—  
LUIS DURAND.